

CAFÉ CON UNA PIONERA  
DE LA INVESTIGACIÓN EN COLOMBIA



# Ángela bajo el micrós

Su género, familia, orden, clase y reino se resisten a cualquier clasificación convencional. Microbióloga, investigadora, gestora científica. “Cabecidura”. Desmalezó el camino para muchas científicas colombianas. Con la duda como motor de vida, la doctora Ángela Restrepo Moreno se ha resignado a una gran verdad: existen preguntas sin respuesta...

ANA CRISTINA  
RESTREPO JIMÉNEZ

Él es un grandulón. Le gusta viajar entre Centroamérica y Argentina, habla portugués y español. A pesar de su apariencia intimidante y poder aniquilador, no existe “coyote” ni “hueco” que le haya permitido cruzar la frontera con Estados Unidos: es incapaz de migrar al Norte. No aguanta el calor extremo, ni la sequía, prefiere climas templados como el de Medellín, entre 17 y 24 grados centígrados.

Lo seduce el contacto con la naturaleza, la remoción de la tierra durante el arado, los árboles y las quebradas.

Es un asesino. Sexista, además: sus víctimas predilectas son los agricultores de sexo masculino. En Colombia, por ejemplo, ataca a veinticinco hombres por cada cinco mujeres.

Siendo una jovencita, en la década de los cincuenta, Ángela puso sus ojos en él. Y hasta el día de hoy ocupa sus pensamientos...

copio

El *Paracoccidioide brasiliensis* es el hongo endémico cuya observación cambió la vida de la doctora Ángela Restrepo Moreno: “¡Es el bichito más avisado que yo haya podido conocer!”

Como cualquier investigadora criminalista, habla en detalle de otros asesinos de la misma calaña del *Paracoccidioide brasiliensis*, los hongos dimórficos que causan la *histoplasmosis*, la *blastomycosis* y la *coccidioidomycosis*.

Microbióloga doctorada en la Universidad de Tulane, fundadora de la Corporación para Investigaciones Biológicas (CIB) y única mujer integrante de la célebre “Comisión de Sabios” del gobierno de César Gaviria, lo que Ángela jamás aprendió fue a hablar de sí misma. La primera persona del singular es la última que pronuncian sus labios porque, según su forma de ver el mundo, sus logros no son individuales, siempre ha habido alguien que la ha apoyado, la ha guiado, le ha dado afecto.

Fiel al método investigativo, antes de iniciar esta entrevista, durante diez minutos, me formula preguntas —concisas, clasificatorias—: necesita reconocer el bicho que tiene al frente.

Café con leche y galletas dulces desde una terraza al sur del Valle de Aburrá, entre helechos y flores tropicales; acompañados de silgas, cuervos, tórtolas, canarios, una ardilla y... miles de millones de microorganismos cuya presencia es imposible ignorar mientras se escucha la voz de la maestra Ángela Restrepo Moreno.

---

☞ *Siete periquitos verdes de pico amarillo se acercan a la terraza. El bullicio es ensordecedor, aletean en los abrevaderos que Ángela mantiene con agua, azúcar y plátanos.*

---

## I. “Ver cosas chiquitas”

Gabriel Restrepo Restrepo era un estudiante de odontología, miembro de una típica familia paisa, bastante numerosa. Para aprender un poco más en su campo, trabajaba como asistente en el consultorio de un reconocido odontólogo.

Una mañana, Gabriel encontró un paquete en la sala de espera; tan pronto lo abrió, una bomba estalló y le voló la mano derecha. De

inmediato fue atendido por su padre, el doctor Julio Restrepo Arango, quien logró salvar parcialmente la extremidad herida.

El destino transformó su vocación original en industria. Gabriel fundó manufacturas y cereales Coro, una fábrica de pastas y harinas: “Mi papá fue el primero al que se le ocurrió que se podía hacer arepas en la casa con harina molida”, recuerda Ángela.

Tulia Moreno Correa era la secretaria de una empresa muy importante de Medellín. Pese a que en los años veinte las mujeres de la Bella Villa solían dedicarse al hogar, Tulia, hija única y huérfana de madre, se vio en la necesidad de devengar un salario para ayudar a su papá, hospedado en una residencia para ancianos.

Cuando se casó con Gabriel Restrepo, todo cambió: Tulia se entregó por completo a su marido y a su única hija, Ángela, nacida en Medellín el 28 de octubre de 1931.

La pequeña familia se instaló cerca al barrio Manrique, más arriba de la carrera Ecuador.

En el siglo XIX, y en la primera parte del XX, la ausencia de productos preparados obligaba a los médicos a tener un laboratorio/farmacia en su consultorio. El doctor Julio Restrepo no era la excepción: “Al entrar a la casa de los abuelos, lo primero que uno veía a la derecha era el consultorio, a través de un vidrio”, evoca Ángela. Las vitrinas exhibían series de frascos idénticos, de color café, diferenciables por la etiqueta: “Bromuro de potasio”, “Extracto de opio”, “Cicuta hojas”... polvos y líquidos listos para la poción, para el alivio del paciente.

A través del cristal, la niña de cinco años alcanzaba a ver muchos papeles y un diploma conferido al abuelo por “Los Estados Unidos de Colombia y el Estado Soberano de Antioquia” a través de la Universidad del Estado, con fecha del 7 de noviembre de 1875. A lo lejos, distinguía “una cosa dorada y negra, muy linda”.

—Tía Nena, tía Nena, ¿qué es esto? ¿Qué es esa cosa dorada con negro?, preguntaba la niñita curiosa.

—¡Usted para qué pregunta, eso no le interesa!, respondía la tía.

—¡Tía Nena, tía Nena! ¿Qué es?

—¡Un microscopio!

—¿Un quééééé? ¿Eso para qué sirve?



Compañeros de estudios doctorales en la Universidad de Tulane



Con la maestra de bachillerato, Hermana Eugenia de Jesús

—Para ver cosas chiquitas.

—¿Qué son cosas chiquitas, tía Nena?

—Los microbios que su abuelo ve a través de ese tubo, que le permite cuidar a sus pacientes.

En ese preciso instante supo qué quería ser cuando grande, aunque la verdad es que Ángela jamás investigó en compañía de su abuelo. Para ese entonces ya estaba muy anciano.

*Un jardín en Badalpur* de Kenizé Mourad; *The Da Vinci Code*, de Dan Brown (en inglés); *Ursúa*, de William Ospina; *Manet by himself*, editado por Juliet Wilson-Bareau (en inglés); *No hay causa perdida*, de Álvaro Uribe Vélez, y las biografías de Mozart y Beethoven son algunos de los libros de la biblioteca personal de Ángela. Como si fuera el altar de un templo, una mesa central de la habitación sirve de base a una urna de cristal que protege un microscopio de luz original, fabricado en el año 1897. Es el tesoro del abuelo.

Heinrich Hermann, Robert Koch y Louis Pasteur trabajaron con un microscopio de luz como el del doctor Restrepo, primitiva joya del siglo XIX que permitió el hallazgo de los bacilos de la lepra, la peste y la tuberculosis, además del estafilococo: “Los grandes microbios de las enfermedades miedosas de 1700 y 1800 —comenta Ángela— fueron descubiertos con uno de estos: ¡yo no me explico cómo!”.

En un cuarto anexo, conserva las obras científicas *The mushroom hunters*, *Mushroom identifier*, *Bacterial and mycotic infections of man*, *Autoinmunidad y enfermedad autoinmune*, *Las múltiples facetas de la investigación* y *Medical*

*Mycology*... en todas las pastas y ediciones posibles. También guarda algunos dividís, como el del Festival de Salzburgo, Hamlet y El sueño de una noche de verano; y conciertos de Bach, Mozart y Haydn.

La abundante literatura en español, francés e inglés en los anaqueles es producto de un gusto que anidó en Ángela: la traducción. Desde que era una adolescente, conseguía libros en inglés, los leía simultáneamente con su versión al español y procedía al ejercicio del contraste (¡tan científico!).

En el tercer año de bachillerato, llegó a sus manos el libro *Cazadores de microbios*, de Paul De Kruif: “Lo más revelador de mi universo entero”. Se trata de la historia detrás de diversos científicos que descubrieron microorganismos. “Yo nunca había encontrado algo más apasionante que ese libro; no sé cuántas veces lo leí, pero desde que lo hice la primera vez, dije: yo quiero trabajar con microbios”, exclama con emoción.

---

☞ ¡Mirá los azulejitos qué tan bellos!

---

## II. “Pues, m’ija: se varó...”

Ángela Restrepo Moreno estudió en el colegio de La Presentación, donde conoció a la maestra que más influyó en ella: la hermana Eugenia de Jesús. “Educadora de trayectoria, reconoció la necesidad que tenía de confrontar realidades —dice su alumna—; me preparó para aprender a tomar decisiones por mí misma”. El respeto y el cariño

que su maestra le inspiró la acompañaron años después de haber terminado el bachillerato.

En la primera mitad del siglo xx no existían escuelas de microbiología en Medellín.

En el año 1950 se graduó al lado de otras veintidós señoritas: “El día más triste de mi vida fue haber recibido ese diploma —se cubre la frente con las manos, mientras rememora la calamidad—: yo no podía dedicarme a hacer lo que quería”.

“Pues, m’ija: se varó, porque aquí no hay cómo estudiar eso”, le respondían los médicos y laboratoristas a quienes les pedía consejo.

Había una circunstancia adicional bastante compleja: Ángela había sido inseparable de sus padres, que ya estaban bastante mayores. Considerar que la hija única de una familia viajara a estudiar fuera de la ciudad era un despropósito.

“Fui contemplada pero mis padres jamás me hicieron las tareas. Jamás me ayudaron a ser lo que soy. ¿Qué necesita? —le decían Gabriel y Tulia— Ahí lo tiene, pero el estudio es obligación suya”.

Ángela buscó a Elena Peláez Melguizo, una compañera de colegio, cuyo padre, el doctor Jesús Peláez Botero, tenía un laboratorio muy afamado. Ambas jóvenes, interesadas en la ciencia, le pidieron el doctor Peláez que les enseñara sobre el trabajo en el laboratorio: “Queremos trabajar con microbios, diagnosticar infecciones: ayúdenos”. El no fue rotundo: ellas deberían aprovechar el tiempo en una universidad.

No obstante, el doctor Peláez reunió a los mejores laboratoristas de la ciudad y a algunos patólogos, y les dijo: “Las ayudantes que tienen en los laboratorios son niñas preparadas por ustedes, que

llegan aquí sin ningún conocimiento. No podemos estar tranquilos con los exámenes. Necesitamos el apoyo de gente que estudie laboratorio clínico para que nuestro servicio sea más efectivo. Llegó el momento de juntarnos para abrir una escuela de laboratorio clínico en la ciudad”.

Doña Teresita Santamaría de González había fundado el Colegio Mayor de Cultura Femenina de Antioquia, hoy conocido como Colegio Mayor de Antioquia; una institución que formaba mujeres en las áreas de Comercio, Idiomas y Orientación Familiar (después denominada Promoción Social).

(Aquí es preciso detener nuestra observación y tomar otra muestra única: Teresita Santamaría de González, dama de sociedad que se decía “conservadora”, luchó por la creación del Teatro Pablo Tobón Uribe y fue una de las fundadoras de la legendaria publicación *Letras y Encajes*, la primera revista local escrita por mujeres).

El doctor Peláez Botero supo que la señora Santamaría había recibido una donación de equipos de laboratorio de tecnología médica, pero no los tenía en uso por la dificultad para conseguir médicos que se comprometieran con la docencia. El laboratorista “le hizo dos o tres rondas” a doña Teresita para que abriera caminos con las primeras laboratoristas de la ciudad. Para ese entonces, la única escuela de bacteriología en Colombia estaba en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

“¡Para mí fue la salvación!”, exclama Ángela. La carrera tenía tres años de duración más una especie de año rural con mil horas de trabajo de campo.



Paseo con las compañeras del kinder Señorita Ana Luisa Ochoa



Graduación del bachillerato, Colegio de la Presentación Centro

En las prácticas, Ángela se estrenó en el Laboratorio de Microbiología y Parasitología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, bajo la tutela del doctor Bernardo Jiménez Cano.

El doctor Jiménez dictaba bacteriología a los estudiantes de segundo año de Medicina y a algunas enfermeras en prácticas. Ángela lo llamaba “patrón”.

Se vistió de bata blanca y rápidamente le encomendaron las prácticas de los estudiantes, quienes jamás habían tenido una mujer al mando: “Los muchachos me asustaban mucho porque eran muy buenos mozos y yo una muchachita de veinte años”. Nunca faltó alguno que “ponía pereque”.

Llevaba casi ocho años con el doctor Jiménez, cuando la Universidad de Antioquia firmó un convenio con la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, Estados Unidos. El doctor Morris F. Shaffer, jefe del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tulane, llegó a la vida de Ángela.

El “patrón” era un gran tutor, pero el inglés no era su fuerte. Cuando invitaba al doctor Shaffer a pasar a la oficina, decía: “In between, in between”. La laboratorista se convirtió en el “lazarillo” del doctor Shaffer, fue su traductora durante toda la visita a Medellín.

—Ángela, usted tiene potencial para seguir con sus estudios, ¿usted no querría ser estudiante en Tulane? —propuso el doctor Shaffer.

—Yo no soy capaz de dejar a mis padres —respondió ella.

—¿Cómo va a perderse la oportunidad de aprender, de convertirse en profesional, de servirle mejor a la gente? Déjeme hablar con sus padres, si es que a usted le da miedo.

—No me da miedo: me parece casi imposible estar dispuesta a pasar casi cinco años lejos de ellos.

A medida que avanzaban las conversaciones entre Shaffer y la familia Restrepo Moreno, la universidad norteamericana manifestó su interés en convocar a un grupo de latinos a un curso de verano. Alumnos provenientes de Argentina, Chile, Bolivia, Colombia y otros países fueron invitados para adquirir conocimientos y nivelarse con los graduados de Tulane.

El doctor Shaffer le escribió a Ángela para que hiciera parte de este grupo y los padres de ella aceptaron con beneplácito.

A los 28 años, con formación académica de bachillerato y Técnica de Laboratorio, la hija única de los Restrepo Moreno viajó a Nueva Orleans.

“¿Cómo hice para pasar esos exámenes? No me preguntés. Yo sí leía mucho y después de tomar el curso fue posible pasar a la universidad”.

Gracias al apoyo que recibió en la Facultad de Medicina de la Alma Máter, Ángela tuvo el valor para decirles a sus padres que se marcharía y fue capaz de enfrentar un sistema de estudios completamente diferente.

Fue un “dolor de cabeza”, no contaba con la preparación suficiente, a pesar del entrenamiento de verano. Cada ocho días presentaba un *quizz*: cada ocho días lo perdía.

Bill Weidanz, un “monazo grandototo”, compañero de clase originario del norte de Estados Unidos, se percató de las dificultades de Ángela. Durante tres meses consecutivos repasó con ella los contenidos de las materias básicas.

No obstante, la ayuda de Weidanz no fue suficiente.

“Eso era perder y perder *quizzes*. Al cabo de cuatro semanas, mis calificaciones eran tan pobres que pedí una cita con el doctor Shaffer”. La estudiante colombiana le dijo a su maestro: “Doctor, vengo a decirle que yo no estoy dando resultados, no estoy preparada, no tengo la capacidad. Pensé que era buena estudiante, pero definitivamente no soy capaz de entender todas estas cosas. Yo creo que, para no hacerlo quedar tan mal a usted en el futuro, debería retirarme y volver a mi casa”.



Alumnos del Primer Curso de Micolgía Médica, Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia

Shaffer hojeó las notas y le sugirió un compás de espera antes de hacer efectivo su tiquete de regreso. En una cita posterior, consoló a Ángela: el profesor del curso le confirmó que no solamente ella experimentaba dificultades, todo el grupo de latinos lo hacía.

Con otra tutora, estudiante norteamericana residente en Nueva Orleans que dominaba las materias de química, se puso al día en contenidos, aprobó los finales e ingresó al curso de Magíster en Microbiología en la Universidad de Tulane.

Regresó a Colombia a trabajar de nuevo en la Facultad de Medicina con su magíster, pero se sentía incompleta sin el título de *Doctor of Philosophy* (PhD) en Microbiología. En esta Facultad solo había dos mujeres con título de PhD en ciencias básicas. No era común que la mujer se preparara para obtener un título superior como el doctorado.

Volvió a Tulane. Con sus profesores consultó el plan de trabajo para su tesis de PhD; ellos coincidieron en que tenía que ser algo que no fuera común en Estados Unidos: “Había un bicho que era muy importante para Suramérica que no había sido tocado por ellos [investigadores de Tulane]. Ese bichito se llama *Paracoccidoides*. [Ella misma lo escribe en mi libreta]”.

---

☞ *Mirá lo que llegó ahí. Mirala, a mi reina, que es muy bella [una ardilla rojiza salta a la terraza]. “¡Emily!, ve la niña [la ardilla] no tiene sino un plátano viejo”.*

---

### III. “Una aventura muy linda”

La sociedad mejoraría si los individuos trabajaran para poder pagar “las comodidades básicas de la vida” y dedicaran el resto del tiempo a pintar, escribir o hacer investigaciones científicas. Eso pensaba Bertrand Russell.

¿Acaso Ángela atinó a convertir su trabajo en arte... en placer?

Con el diploma de doctorado de la Universidad de Tulane en la maleta, regresó a recobrar el contacto con los estudiosos de enfermedades infecciosas y los especialistas en microbiología y parasitología.

En vista de que el doctor Bernardo Jiménez estaba a punto de jubilarse, en el laboratorio aguardaban el regreso de la nueva PhD para montar cursos para los alumnos de medicina y las escuelas de Salud Pública y Enfermería, ansiosas de instalar un laboratorio de diagnóstico.

Con el apoyo de sus colegas, Ángela no solo se dedicó a la investigación, también gestionaba relaciones con otras entidades —como laboratorios— para interactuar y compartir dudas.

En el año 1956 lució la bata blanca de profesora de la Facultad de Medicina, dictaba todo lo relacionado con microbiología y participaba en los estudios de enfermedades infecciosas, con énfasis en las producidas por hongos. También había incursionado en la elaboración de los agentes etiológicos: dónde vivían, dónde se evitaban los contactos, cómo se podía estudiar el microorganismo. Ya dominaba buena parte del conocimiento de los hongos patógenos.

“Trabajé por dos años en un laboratorio de diagnóstico, pero insatisfecha, pues sabía que había cosas mejores por hacer [...] Los izquierdistas decían que el país no necesitaba sabios, ni investigadores, solo al médico descalzo que se fuera al pueblo a atender las necesidades de los colombianos. Colombia no tenía ningún derecho a hacerse preguntas de investigación que no tuvieran que ver con el mejoramiento de la salud pública y del bienestar de los individuos”, dice Ángela.

La CIB surgió en 1970 en la Universidad de Antioquia como un fondo editorial para la creación y comercialización de textos académicos para estudiantes de medicina.

En 1978, un grupo de científicos que no soportó el “régimen de los marxistas” y el impacto de sentir subvalorado su labor de más de veinte años, abandonó la Facultad de Medicina. Le dio la vuelta al fondo editorial para transformarlo en laboratorio de investigación.

Décadas atrás, cuando Ángela ingresó a la Facultad de Medicina, se había acercado al entonces decano, el doctor William Rojas, a través de un congreso de medicina en el que ella le ayudó con traducciones inglés-español. Quién pensaría que, años después, juntos sacarían adelante a la CIB. (En la actualidad continúan siendo muy buenos amigos y trabajan en conjunto en los libros del fondo editorial).

La CIB empezó a funcionar en dos cuartos del Hospital Pablo Tobón Uribe, con ayudas de Colciencias y del Cideim (Cali). Hoy es una institución clasificada por Colciencias como un centro de excelencia, con carácter nacional e internacional.

“Fue una aventura muy linda, de todas maneras”.

---

☞ *Mirá mi canario, ¿sí lo ves?  
Por ahí debe estar su compañerita.  
Es un canario silvestre.*

---

**Estos “asesinos” que usted conoció en sus estudios de magíster y doctorado, ¿han cambiado desde aquella época?**

**Á.R.:** Para el magíster estudié lo que en ese momento se consideraba un hongo. Ahora sabemos que es un bicho que se llama *Nocardia*. Mi trabajo de tesis fue con ese microorganismo, que se pensaba que era un hongo, pero por todas las pruebas modernas lo clasificaron como una bacteria “bien desarrollada”. Para el doctorado empecé a trabajar con *Paracoccidiodides brasiliensis* e *Histoplasma capsulatum* porque eran muy parecidos; había compañeros que los estaban trabajando y uno aprendía de ellos y viceversa. También tuve que ver con la puesta en marcha de las pruebas serológicas para el diagnóstico de la histoplasmosis, no solo para la mía sino para la otra que es mucho más frecuente. Inspiré varias tesis que tenían que ver con eso.

**¿Para qué estudia estos asesinos? ¿Para acabar con ellos?, ¿entender su comportamiento?, ¿domesticarlos?**

**Á.R.:** Siendo de base laboratorista, y habiendo aprendido todo lo de microorganismo por ser microbióloga, lo primero que yo hacía era métodos diagnósticos: acercarme a través de varias pruebas de laboratorio al paciente en el que se sospechaba la presencia de una de esas micosis. Eso involucraba un contacto muy frecuente con los médicos que tenían los pacientes, poco a poco empezaba a saber qué características debía tener un paciente con paracoccidiodomicosis o con histoplasmosis; se construyó así una base de datos que permitió



### "ÁNGELA RESTREPO

Quienes conocen a esta misteriosa mujer, que nunca ha concedido entrevistas y jamás se ha dejado tomar una foto para la prensa, no pueden dejar de admirarla. No en vano Ángela Restrepo es la científica más importante en Colombia. Esta microbióloga PhD de la Universidad de Tulane, recibió el único doctorado honoris causa otorgado por la facultad de medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana. Es una de las pocas personas que conoce a fondo el hongo que produce una rara enfermedad similar a la tuberculosis, que se presenta desde México hasta la Patagonia. Su nombre es referencia obligada en el medio de la microbiología: ha publicado cerca de 250 artículos".

"Las cincuenta mujeres más importantes de Colombia", en Revista *Semana*, Especiales. 9 de octubre de 1995.

que muchos estudiantes de medicina trabajaran en asuntos relacionados con la medicina en un laboratorio, pero uno aprendía de medicina por los laditos, a través del contacto con ellos.

**En su medio profesional, cuando empezó a relacionarse con tantos hombres, ¿qué tipo de reacciones observó?**

**Á.R.:** Nunca sentí ninguna discriminación. Yo creo que fui la más de buenas, pues mis compañeras se sentían dizque discriminadas; yo no pude saber lo que era eso, a mí me quisieron mucho. Mientras estaba en la Facultad de Medicina, los profesores “grandes” me llevaban artículos para que leyera, me pedían que los acompañara a reuniones en las que se discutían casos difíciles. Me acolchonaron de conocimientos por todas partes.

**¿A dónde va lo que usted investiga?**

**Á.R.:** Siempre me he preocupado por tener un grupo, por enseñarle a la gente, por entusiasmar a otros. Si uno es solo, las cosas se acaban cuando uno se acaba. He tenido la fortuna de encontrar gente muy buena que se ha interesado por esos problemas y que con sus conocimientos ha avanzado en entender lo que se llama la fisiopatogenia de las micosis. Podría nombrar por lo menos veinte o veinticinco personas que realizan en la actualidad estudios en enfermedades infecciosas y a quienes, en cualquier momento, les di una palmadita para que siguieran adelante.

**¿A quién considera como su mentor?**

**Á.R.:** Al principio, yo diría que el doctor Bernardo Jiménez: me modeló, me puso un dintel alto para que yo estudiara. Pero sin lugar a dudas,

mi mentor en microbiología fue el doctor Shaffer. Yo lo veía y decía: quiero ser como él. Más adelante tuve contacto con gente muy importante y querida de muchos sitios, pero mi mentor fue el doctor Shaffer.

**¿Alguna vez ha enfrentado algún caso de estudio que la haya hecho desistir?**

**Á.R.:** Hay momentos en que uno dice: no tengo la capacidad para este tipo de estudios. Todas las mujeres somos cabeciduras [risas], cuando tenemos deseos de hacer una cosa, terminamos por hacerla. Pero, ¿así como que yo haya dado retroceso en alguna empresa grande porque no me sentía capaz? ¡Es que siempre ha habido gente al pie que ayudaba a soportar la carga! Realmente no creo que me haya devuelto ante la incapacidad de conseguir algo.

**¿Se resigna a que existan preguntas sin respuesta?**

**Á.R.:** ¡Uy, claro que sí! Eso es lo lindo que tiene la ciencia. ¡Qué tan horrible que uno contestara todas las cosas que le llaman la atención! Si hay algo bien dicho, lo dijo Pasteur desde el principio: “Al encontrar una respuesta, se abre el camino de miles de preguntas más”. Siempre habrá una pregunta por contestar: el camino del investigador está supeditado a conocer un poquito y que ese poquito le señale miles de incógnitas más.

**Usted fue la única mujer que hizo parte de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, recordada como la “Comisión de Sabios”, integrada por Fernando Chaparro (investigador sobre ciencias sociales y agro), Gabriel García Márquez (Premio Nobel de Literatura),**



Siempre habrá una pregunta por contestar: el camino del investigador está supeditado a conocer un poquito y que ese poquito le señale miles de incógnitas más.

**Rodrigo Gutiérrez (economista y líder industrial), Rodolfo Llinás (neurofisiólogo), Marco Palacios (abogado e historiador), Manuel Elkin Patarroyo (científico), Eduardo Posada (físico), Carlos Eduardo Vasco (filósofo, físico y matemático) y Eduardo Aldana Valdés (ingeniero civil y doctor en sistemas urbanos). Recordemos esa experiencia...**

**Á.R.:** Eso fue en 1993 y 1994. El doctor Llinás es una persona que quiere mucho al país, pero es profundamente crítico. Una vez que vino a Colombia, se encontró con el señor presidente, César Gaviria, y le dijo: “Vos estás perdiendo el tiempo, tenés completamente olvidada la investigación, mientras no tengás un grupo que sepa hacer ciencia e investigar, este país no va a ser capaz de salir del hoyo en que está”. ¡Por Dios, que le diga eso al señor presidente de la República es muy doloroso! Entonces, le dijo: “Usted lo primero que debe hacer es nombrar una comisión que estudie el por qué, a pesar de que en Colombia hay gente valiosa, el país pierde un montón de fuerzas para su desarrollo”. Cuando llegó la llamada del doctor Llinás para que el señor presidente nombrara la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, yo había participado por dos o tres años en las comisiones de Colciencias para los proyectos sobre enfermedades infecciosas. Se propusieron nombres y, por supuesto, la gente que llamaron primero era mucho más avezada que yo: ministros, viceministros, rectores, vicerrectores, todos tenían una visión muy grande del país. Yo solo sabía un poquito de bichitos. Traté de rechazar la llamada del doctor [Clemente] Forero y del doctor [José Luis] Villaveces, el director y el subdirector de Colciencias, respectivamente: “¡Señores yo no sé sino de microbios, yo no sé del país, yo soy así, aprendida como a los estricotes! Yo no creo que yo les sirva, ni riesgos”. De todas maneras, fue una experiencia muy linda porque aprendí muchas cosas que no sabía sobre el país, su educación, la forma tan atrasada como estábamos. Fueron dos años de un quehacer tremendo, una máquina demoledora. Ellos me acogieron, me dieron espacio. En la Subcomisión de Ciencia e Investigación estaban los doctores Vasco, Posada, Patarroyo y Llinás; les ayudé con trabajos chiquitos, como elección de literatura y corrección de textos. Nos reuníamos hasta los fines de semana,

yo los recibía en mi finca. Fueron dos años de conocer a una gente muy grande y de alguna forma influir en el desarrollo del país: después de 22 años, la publicación clave *Colombia al filo de la oportunidad* sigue siendo mirada como un texto guía para el desarrollo.

**¿Han repasado los resultados y la aplicación de la Misión?**

**Á.R.:** Cuando se hicieron los análisis después de que habían pasado veinte años, muchos fueron negativos. Yo no soy tan negativa, ya que creo que las universidades abrieron los ojos con respecto a la necesidad urgente que tenían de hacer investigación e instituirlos como algo tan importante como la misma enseñanza; se abrieron muchos programas de doctorado, con currículo bien estructurado, que hacían mucha falta en el país; fue posible entusiasmar a mucha gente, el programa de jóvenes investigadores creció. No fue tan positivo como pensamos que pudo haber sido, pero marcó un paso y abrió un camino para desarrollos futuros. Fueron dos años de un trabajo muy lindo.

**¿Y el resto del grupo?**

**Á.R.:** Morite de risa: los que estábamos en el grupito de ciencia decíamos: “¿Cómo vamos a tratar al maestro García Márquez, que ya era Premio Nobel? ¿Por dónde lo cogemos?”. Pero fue completamente increíble. Un día estábamos en una reunión; Carlos Eduardo Vasco, el presidente del grupo, que era el filósofo, sostenía que en el documento se tenía que hablar de “ciencias”, en plural, no de “ciencia” sola, porque creía que el conocimiento indígena era muy importante, había que valorarlo: era una ciencia distinta. Estábamos en el colmo de la discusión porque algunos creíamos que la ciencia era una cosa experimental, que la ciencia se construía con base en un sistema programado. El maestro García Márquez nos estaba oyendo y, cuando ya estábamos a punto de pegarnos por aquello de ver si era “ciencia” o “ciencias”, vino y dijo: “Estoy tan contento de verlos a ustedes peleando ahí”. “¿Por qué, maestro?”. “Porque, mire, si yo suelto uno de mis magos aquí, ustedes no van a poder decirle a ese mago que aprenda a comunicar su conocimiento, porque si él comunica lo que sabe, lo que hará es perder su poder. En el momento en que otras personas conozcan

qué tienen sus pociones, pierde todo su poder. En cambio ustedes, bobitos, hasta que no han pasado por cincuenta personas que saben más que ustedes de lo que acaban de descubrir, ¡no están contentos!'. ¿Si ves qué belleza? "¡Dios me libre, yo no quiero tener esos sabios! Los míos tienen que guardar los secretos y sino: ¡no son magos!".

---

*En la terraza, decenas de pájaros picotean los granos que Emily, la empleada doméstica, ha dejado sobre un recogedor de plástico. No asoman sus cabezas, sus plumas marrón se abren como abanicos, disputan el espacio para comer. Tan pronto Ángela exclama "¡Dios me libre, yo no quiero tener esos sabios!", la bandada se alza en vuelo súbito hacia la arboleda... ¡Mauricio Babilonia no es el único que anuncia su presencia a través de criaturas aladas!*

---

#### IV. "Siempre quedan cositas por hacer"

Ángela no comparte el ADN con la que considera su familia más importante: "Tengo muchos alumnos que me quieren mucho, con ellos tengo una unión casi perfecta. Mi familia son mis alumnos y especialmente los más selectos, que se han quedado conmigo a través de todos estos años".

Vive sola, en el primer piso de un edificio del barrio El Poblado. Su terraza está circundada por una arboleda que evoca a La Pastora, la finca de la familia Restrepo Moreno que se ubicaba en la Loma de Los Mangos, hoy ocupada por un conjunto residencial. Hasta el día de la muerte de su madre, en 1995, pasaba allí los fines de semana... religiosamente.

Ángela conserva varias amistades del colegio La Presentación: trece amigas que se quieren de "una forma increíble" y se reúnen en un costurero. (Entre las "cosas chiquitas" que le ha gustado ver a Ángela no se cuentan ni las agujas, ni los enhebradores, ni los hilos).

Hace un par de meses celebraron los 65 años de graduadas con una fiesta en el café del vivero Chuscalito. Tres egresadas de esa promoción aún ejercen la carrera: Socorro Inés Restrepo

(presidenta de la Academia Antioqueña de Historia), Amparo Múnera (abogada) y María Cecilia Ayala (laboratorista, residente en Pereira).

Si de viejas amistades se trata, perdura Bill Wildanz, con quien aún mantiene correspondencia: disfruta su jubilación entre ocho hijos y rodeado del amor de sus nietos.

"Cuando estoy sentada por tanto rato, me duele mi patica", lamenta Ángela al pararse de la silla; una mala conexión entre la cabeza del fémur y el acetábulo, a veces le genera dolores por roces mínimos. Se apresta a acompañarme hasta la puerta principal.

La mesa del comedor está arreglada con ocho puestos: vajilla blanca inmaculada, servilletas de tela, cubertería de plata. A las cinco de la tarde llegará un grupo de trabajo sobre la vida y obra de El Sabio Caldas, bajo la dirección de Darío Valencia Restrepo, exrector de la Universidad de Antioquia.

El microscopio de luz no es el único tesoro del abuelo Julio. El corredor de recibo del apartamento remata en una antiquísima pintura al óleo sobre madera, de pequeño formato, sin firma en el anverso, empujada en un marco grueso, forrado con laminilla dorada naturalmente envejecida. Se trata de una escena cotidiana que transcurre en un callejón de pueblo: un hombre vestido de negro, con sombrero de dos picos, mira fijamente a un par de aldeanas de traje largo. Cada pincelada — finísima — parece ejecutada bajo el microscopio de luz.

Mientras cruzo el umbral de la puerta (escoltada por la imagen de la Madre del Buen Consejo), Ángela, la doctora Restrepo Moreno, descansa su mano en mi hombro: "A uno siempre le quedan cositas por hacer, pero uno se las encomienda a los que tienen que seguir el camino".

*Texto dedicado a mi hija, Gabriela María McDermott Restrepo, y a todas las niñas como ella: curiosas y cabeciduras. ■*

---

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)  
Periodista independiente y profesora de la Universidad EAFIT.